

El Salón Internacional de Angulema

COMICS DESDE EUROPA

JAVIER COMA



ADENTRARSE en un festival internacional de comics europeo acostumbra a representar, aun ahora, un salto considerable con respecto a la actualidad española de la narrativa dibujada. Fenómenos que aquí parecen nuevos y hasta progresistas, adquieren, a la luz europea, su verdadero y nitido carácter de simples modas coyunturales, surgidas incluso entre nosotros con un enorme retraso. Perspectivas que más allá de nuestras fronteras reclaman la atención generalizada, desde los creadores hasta el público, no son todavía ni meramente vislumbradas en el ámbito del comic español. Pero todo tiene su lógica: los comics están en los principios del reconocimiento cultural y del interés multitudinario por lo que respecta a la piel de toro, mientras que en Francia (donde ha tenido lugar el IX Salón Internacional de Angulema que motiva estas líneas) lograron la aquiescencia intelectual y accedieron al mercado de los lectores adultos ya dos décadas atrás. Por ello no es de extrañar que dos ministros, el de la Comunicación -Georges Fillioud- y el de Cultura -Jack Lang-, hayan avalado oficialmente y hayan apoyado con su activa presencia el brillante festival desarrollado durante los últimos días de enero en la citada ciudad francesa. Por ello tampoco resulta extravagante que, junto con los invitados y participantes de diversos países, nada menos que unas 80.000 personas hayan acudido a esta extraordinaria cita del mundo de los comics.

¿Qué encierra un Festival como el de Angulema? Numerosas exposiciones en diversas salas y sobre diferentes temas, desde cómo se produce una historieta a una muestra del actual arte chino en la materia, incluyendo esta última una selección de caricaturas que (aún tratándose de un Salón del Comic) tenía su importancia puesto que tal medio de expresión plástica había sido prohibido en 1966 y no rehabilitado hasta 1979. Múltiples proyecciones de películas, rela-

cionadas de uno u otro modo con los comics, a través de cuatro locales de exhibición cinematográfica permanente, y cuyos hitos era *Heavy Metal* (producción norteamericana sobre comics de Richard Corben, Berni Wrightson, Angus McKie, etcétera, con título identificado a la revista donde aparecieron y que anglicanizó la denominación de «Metal Hurlant», publicación francesa que la motivase) y *American Pop* (realización de Ralph Bakshi, el director de *Fritz the Cat* y *El señor de los anillos*),

ambos largometrajes por supuesto llevados a cabo en el universo de la animación. Un apretado programa de conferencias sobre temas altamente especializados y presentando a personalidades como el semiólogo Pierre Fresnault-Deruelle, que disertó en torno a «El fantasma del movimiento en un medio fijo: los comics». Debates públicos con participación de sobresalientes figuras del noveno arte, entre los que destacó el referente a «El futuro del comic»,

defendiendo algunos reputados creadores la reciente tendencia del tránsito hacia la video-cassette, y argumentando sus contrarios la pérdida de identidad que ello supondría para el lenguaje esencial de la narrativa dibujada. Presentaciones continuas de guionistas y dibujantes a los espectadores, bien en directo mediante coloquios más o menos espontáneos en lugares de toda índole, bien en diferido a través de entrevistas grabadas con video e ininterrumpidamente proyectadas en el edificio sede de la organización. Reuniones profesionales a distintos niveles y para diferentes sectores, prolongadas en numerosos encuentros de origen informal (véase

las comidas de los ministros con algunas estrellas del Salón, Moebius, Dionnet, Christin, Mezières...). Una revista oficial, un periódico impreso con edición diaria, un alto número de publicaciones informativas, y una gran atención de Prensa, radio y TV, a los acontecimientos del festival.

Pero el Salón de Angulema desborda este intenso y profundo programa. El Salón es la misma ciudad, de los escaparates de las tiendas a las calles repletas de un público que igual



«The Katzenjammer Kids», de Harold Kerr, está siendo publicado de nuevo en Francia por la editorial Slathine.

se detenía ante un video al aire libre o escuchaba en su deambular la canción pacifista *Monsieur le Président*, de Serge Reggiani, curiosamente difundida una y otra vez por los altavoces. La ubicación de los actos en muchos lugares distintos, siempre varios a la misma hora, provocaba un continuo fluir de transeúntes de un lado a otro, gran parte de ellos caracterizados por llevar bolsas planas de publicaciones comiqueras. Porque el gran centro de atracción del público era un enorme globo de lona, «la Bulle», situado en el mismo centro de la ciudad, donde se apiñaban los stands de venta de revistas, álbumes y libros con las más diversas singularizaciones.



Viñeta de «Las aventuras de Isa», de François Bourgeon, una de las más lúcidas y bellas series contemporáneas, que en España publica la editorial Nueva Frontera.

Allí en video grababan entrevistas a las figuras asistentes, allí los dibujantes firmaban sus obras, allí se agotaba en poco tiempo el álbum de Moebius y Jodorowsky sobre su anti-héroe John Difool, allí podían encontrarse desde las últimas novedades (recién salidas de los hornos editoriales para concurrir precipitadamente al Salón) hasta ejemplares amarillentos y de elevadísimos precios para coleccionistas boyantes y nostálgicos o simplemente desbocados especuladores. Allí, sobre todo, analizando el público y el movimiento de publicaciones, se advertía cuál era la actual situación del comic en Francia y, por extensión, en Europa.

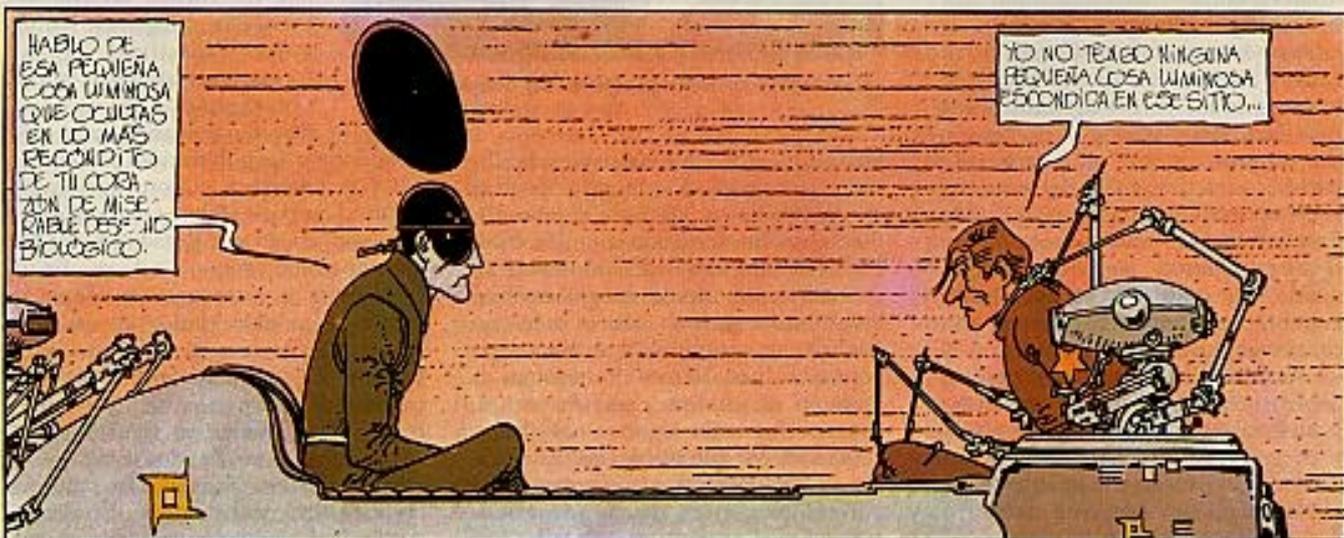
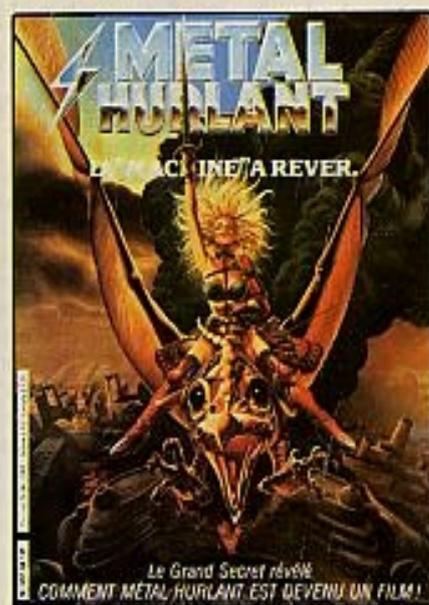
Viñeta de las aventuras del anti-héroe John Difool, personaje creado por el guionista Jodorowsky, y el dibujante Moebius.

Mercado adulto, caída del «underground», ascenso cultural

Durante décadas, mientras en los Estados Unidos la principal producción de comics se destinaba a los adultos a través de su inserción diaria en la Prensa, la arrogante cultura europea limitaba los comics a las publicaciones infantiles, desdeñando totalmente que aquel nuevo medio de expresión pudiera llegar a los mayores de edad. Francia y Bélgica desarrollaron en consecuencia unos comics autóctonos dedicados a los niños, gravando históricamente, a lo largo

de años y años, sus posibles aportaciones importantes a la narrativa dibujada. Cuando, iniciados ya los años sesenta, la clase intelectual descubrió los valores del noveno arte y surgieron los primeros creadores franco-belgas que lo utilizaron para dirigirse a los adultos, el mercado infantil constituía una herencia de tan grandiosas proporciones que pudo resistir la revolución supuesta para los comics por el mayo del 68 y arrastrar luego su vigencia a través de la década siguiente. Pero al impacto de la televisión en los menores de edad, que abandonaban paulatinamente sus revistas de B. D. («Bandes dessinées», apelación franco-belga para los comics) en favor de los tele-filmes, se agregó, a la inversa, el incremento constante del lector adulto de comics,

Portada de la revista francesa «Metal Hurlant», creada y dirigida por Jean-Pierre Dionnet, traducida ya a muchos idiomas y que es hoy la publicación de comics más avanzada.



llegando a la convicción de que allí encontraba un lenguaje tan serio y tan rico como el que pudiera hallar en la novela o en el cine. La misma culturización de muchos comics en idioma francés, la confluencia de espléndidos dibujantes con temáticas eróticas, la inserción de agudos satíricos en visiones sociales y políticas y, finalmente, el talento narrativo de considerables autores, inclinaron, poco a poco, la balanza para que se haya llegado al hecho de que el público absolutamente mayoritario del Salón de Angulema no se compusiera precisamente de niños. Hoy día, por lo menos en Francia, el comic infantil es ya sólo un simple sector.

Obviamente, las actitudes y previsiones editoriales lo confirman. Incluso alguna importante personalidad de este mundo arremete en favor de su decadencia: Jean-Pierre Dionnet, creador y director de la mítica revista «Metal Hurlant» (hoy con su secuela norteamericana «Heavy Metal» y con versiones española, italiana, alemana...), dotado guionista y últimamente elevado a misiones oficiales en el seno del Ministerio de Cultura, declaró en el Salón como «miserables» los esfuerzos de la célebre publicación «Tintin» para «conservar su público». Es un hecho que las más famosas revistas infantiles han disminuido sus ventas al 50 por ciento durante los años recientes, y aunque ello suscita imitaciones destinadas a recuperar en favor propio el campo perdido, queda claro que el «gran público» del comic ha cambiado y que reclama los máximos valores culturales que es capaz de ofrecer este medio expresivo.

Ello incide también en lo que determinadas ópticas se atreverían a catalogar como el extremo opuesto de los comics infantiles: el comic «underground» o, más rigurosamente, aquella narrativa dibujada que imitando el estilo conscientemente tosco y desagradable del antiguo movimiento «underground» norteamericano (generador, pese a todo, de artistas del calibre de un Robert Crumb o un Gilbert Shelton) ha aprovechado rentablemente los poco exquisitos deseos por sexo-droga-violencia de concretos sectores sociales automarginados hacia la mezcla innober de pasotismo y comportamiento para-fascistoide. Esta tendencia, cuyo lamentable reflejo en nuestro país resulta hartamente sabido, ha caído en picado al otro lado de los Pirineos y por diversas causas: el mismo ascenso cultural de los lectores de comics, la propia inconsistencia de una moda con escasas manifestaciones estéticamente válidas y encaminada lógicamente hacia una progresiva irracionalidad ideológica, el desvelamiento creciente de que la impotencia artística y la carencia de

un sólido aprendizaje eran las decisivas razones de unas expresividades gráficas disfrazadas de «contra-cultura», la falta de guionistas suficientemente capacitados para estructurar largas tramas novelescas tal como se reclama en la evolución actual de los comics, y, quizá más fundamentalmente de lo que cabría pensar, la repercusión sociológica del triunfo socialista en las elecciones francesas, con toda su carga de ilusión colectiva y con todo su significado antinómico a cuanto han esgrimido como bandera los autores llamados «underground». Los stands del género en el Salón mostraban bien a las claras, en su entristecida soledad y en su precariedad editorial, que sus días de efímera gloria habían, afortunadamente, pasado.

Por contra, los intereses de los compradores seguían en buena parte

valores testimoniales, ánimo satírico y grafismos humorísticos. Pues bien, por fin ha empezado a proliferar la edición de estos comics, con frecuencia obras maestras absolutas del noveno arte, y a este respecto conviene citar que Futurópolis está lanzando, con notorio rigor selectivo, libros recopiladores de clásicos como *Krazy Kat* de George Herriman, *Bringing Up Father*, de George McManus; *Polly and her Pals*, de Cliff Sterrett; *Thimble Theatre* (el antiguo e incommensurable Popeye de los años treinta) de Elzie Crisler Segar, añadiéndose a las tentativas ya añejas, pero aún permanentes de Horay que difunde el maravilloso *Little Nemo*, de Winsor McCay entre otros comics vanguardistas de principios de siglo, y viéndose imitada por Slatkine que ha reeditado viejas y esplendorosas planchas de *The Katzenjammer Kids* de Harold Knerr, anunciando el *Wash Tubbs*, de Roy Crane. Es preciso insistir que la irrupción de obras tales en el mercado francés difícilmente sería posible sin el repetidamente comentado ascenso cultural del mercado adulto por lo que a comics se refiere.

De la revista al álbum, del álbum al libro

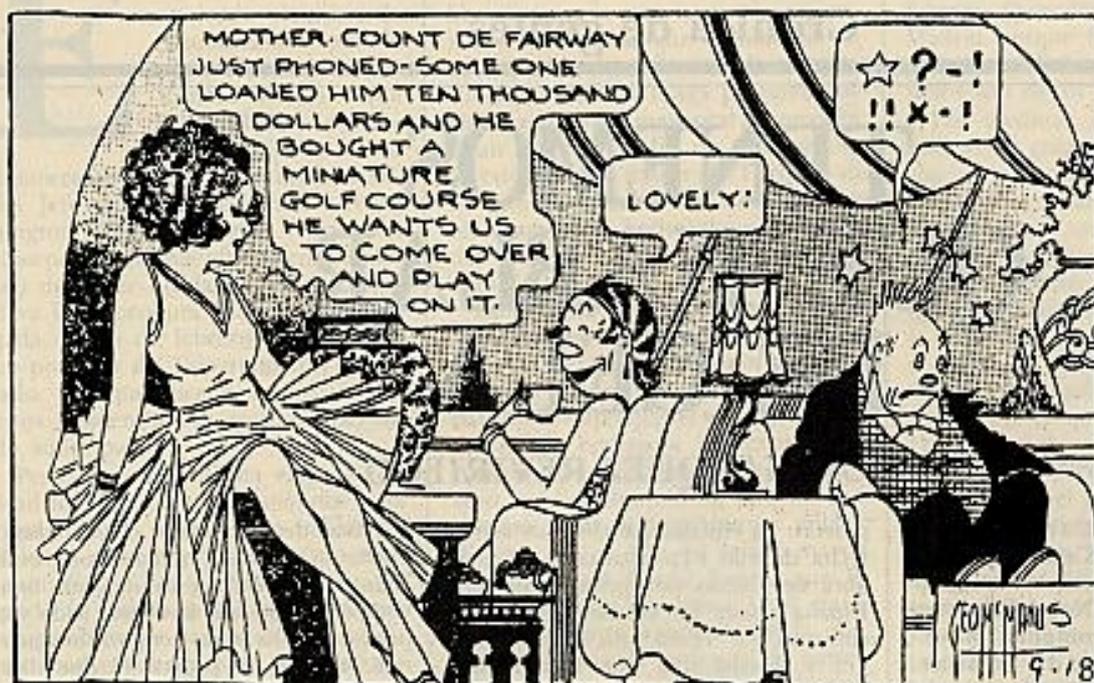
También el carácter progresista, en el sentido tratado, del público, repercute en lo que es hoy la base más sólida de las ediciones francesas en narrativa dibujada: un conglomerado de revistas y álbumes, dentro del cual las historias aparecidas en aquéllas de forma seriada se recopilan luego en volúmenes específicos, de tal forma que alcanzan sucesivamente dos épocas de venta y difusión, la corres-

pondiente a su publicación por entregas y la relativa a su constitución en álbum. La revista «Pilote» de la edición Dargaud, recién inaugurada en versión italiana (como «Pilot», sin la «e» final) y próxima a estrenarse en España, exhibe el modelo clásico en este terreno, reuniendo a tal fin a un sobresaliente grupo de guionistas y dibujantes que estuvo muy bien representado en el Salón, con figuras como Fred, típico autor de «dos lecturas», el escritor Pierre Christin, de emotivo compromiso político, la dibujante Annie Goetzinger, cautivadora en sus



«Jonathan», la serie pacifista del belga Coséy.

los caminos de una cultura especializada, constituyendo rotundo sintoma de tal hecho el distinto rumbo tomado por las reediciones de los clásicos norteamericanos. Comúnmente (y erróneamente, desde luego) se han identificado dichos clásicos con las historias de aventuras y acción protagonizadas por héroes y heroínas a menudo de dudosa catadura moral, cuando, fuera de algunos casos muy concretos, el auténtico clasicismo de los comics norteamericanos se halla en múltiples series, mucho menos populares en Europa, caracterizadas por



Otro clásico «Bringing Up Father», de George McManus.

recuperaciones líricas del tiempo socialmente perdido, el guionista y crítico Charles Moliterni, hondamente interesado por las posibilidades del video, el ilustrador argentino Walter Fahrner, creyente asimismo en una tercera vía de comics con movimiento, pero sin incidencia en el cine de dibujos animados. Conversar en profundidad con estas personalidades era, para los especialistas de comics, un trascendental atractivo del Salón.

A la zaga de «Pilote» se mueve una revista más moderna, «Circus», donde desarrolla sus actividades el popular crítico Henri Filippini y donde se alberga una de las más bellas y lúcidas series contemporáneas, *Les passagers du vent* (en castellano, *Las aventuras de Isa*) con François Bourgeon como autor. Precisamente se trata de una larga saga, cuyos sucesivos álbumes recogen en realidad partes de una sola historia, incorporándose la obra a una tendencia entronizada por la revista («A suivre»), que ha detectado astutamente el creciente interés de los lectores por los relatos de extensa duración; a tal fin, («A suivre») ha eludido la fórmula de las narraciones de cuarenta y tantas páginas, integrantes del álbum típico, para promover relatos cercanos al centenar de planchas y poder recopilarlos, luego de su aparición por entregas, en volúmenes que ya no deben llamarse álbum sino libro. Tal dato reviste trascendencia no sólo estética o creativa, sino incluso editorial con alcance internacionalizado, puesto que en los Estados Unidos comienza ahora una posible moda, antes prácticamente inexistente, del álbum a la francesa, y puede especularse ya sobre un cer-

cano futuro del comic norteamericano centrado en historias de larga duración.

En cualquier forma, y aunque Philippe Druillet haya abandonado la casa que contribuyó a crear, «Metal Hurlant» sigue siendo la revista que ostenta la batuta más avanzada; el Salón le ha rendido sumisa pleitesía, especialmente en la persona de su líder artístico Moebius, presidente del jurado que otorgaba los premios «Alfred», protagonista de un extenso coloquio con el público a sala repleta, coautor de un largometraje de dibujos animados (con dirección de René Laloux y diálogos del novelista «negro» Jean-Patrick Manchette) titulado *Les maîtres du temps* del que se exhibieron diversas secuencias en pre-montaje con una duración total rayana en la docena de minutos. Con el premio, como mejor obra de 1981, al séptimo álbum de la pacifista serie *Jonathan* del belga Cosey (que comienza a editar en España la casa Distrinovel) y con su actitud anti-droga y anti-violencia, Moebius podría simbolizar, en este noveno Salón de Angulema, las directrices esenciales que han marcado el rumbo del acontecimiento. También él esgrime la enseña vanguardista del paso a la video-cassette, última etapa del sendero revista - álbum - libro que ha vivido el comic francés durante los tiempos de su espectacular desarrollo.

Y, ahora, España

Tras el «boom» de Hernández Palacios, iniciado vía Dargaud y «Pilote», pero engrandecido por los editores de

«Metal Hurlant», se ha producido en el comic de lengua francesa el repentino e intenso éxito de Carlos Giménez, que debiera haber estado presente en este Salón, y al que se refería el guionista Pierre Christian (famoso por sus trabajos para Bilal, Goetzinger, Mezières) diciéndome que, aunque no le conocía personalmente, a pesar de haber colaborado con él en una breve eventualidad, era el dibujante español con quien en este momento desearía más crear una obra. Pero España parecía muy lejos de Angulema, en lo que al mundo del

comic se refiere; los mismos caminos marcados por el devenir del Salón a la narrativa dibujada, alejaban aún más a éste de nuestro país. Incluso por lo que respecta a una protesta, por vía sindical, de los dibujantes franceses contra la entrada de mucho material hispánico de ínfima calidad, a precios reventados, y sin conocimiento de sus autores originales, para publicaciones de bajísimo nivel consumístico.

Aquí estamos a la espera de que la meritoria labor de un minúsculo grupo de editoriales (triumfantes, de momento, en el plausible empeño de ponernos al día del comic mundial, tras décadas de ignorancia casi absoluta) para conquistar el mercado adulto, fructifique en estructuras lo suficientemente sólidas con vistas a un fértil desarrollo mayoritario de la narrativa dibujada autóctona. Aquí aguardamos a que las esferas oficiales inicien una labor de protección cultural de los comics dignos de tal empresa. Aquí muchos nos llenamos de paciencia ante una moda «underground» que algún día habrá de revelar, inevitablemente, sus carencias ideológicas y estéticas, salvo en algún caso muy personalizado y excepcional. Aquí deseamos que cunda una auténtica cultura de los comics, permitiendo la edición de los verdaderos clásicos del noveno arte. Aquí soñamos con acercarnos, en todos los aspectos del mundo de los comics, a los mejores niveles internacionales.

Aquí pensamos en qué estupendo sería que el próximo salón del comic de Barcelona se pareciera, aunque sólo fuera un poco, al de Angulema. ■ J. C.